Joshua Pugel

SPAN 301

Prof. Oliva

24 septiembre 19

No Todo Lo Que Brilla…

 Érase una vez en el campo a 50 kilómetros de Madrid, salió el sol, su luz dorada brillando sobre el océano de trigo. Era una mañana de otoño fría y fresca, el olor de las calabazas maduras se movía por el aire, suspendido como una niebla de perfume. Cerca de allí crecieron un campo de nogales magnificentes, árboles de nueces, 20 metros de altura. Las nueces estaban madurando, preparando caer del árbol y empezar sus viajes en el ciclo de vida.

 Y en estos nogales había una familia de ardillas marrones. El más menor de la familia, Tito, era muy joven en ese día, y sus padres estaban enseñándole a cosechar y vivir por su cuenta, debido a su edad: ya tenía 10 semanas, y sus hermanos ya salieron para buscar sus propios árboles en donde iban a vivir ese invierno. Tito no estaba listo irse. Todavía le faltaba el conocimiento del campo y no sabía cómo sobrevivir contra los predadores que viven en las madrigueras bajo la tierra. ¿Y si un zorro le atrape? Tito supo que nunca volverá si eso se sucedió. No quería irse de sus padres. Quería quedarse y ser protegido toda la vida. Quería sentirse cómodo y seguro, con sus hermanos y sus amigos siempre a su lado. Pero no se sentía cómodo – de verdad, se sentía el opuesto. Tenía miedo, mucho miedo, de la vida externa. Qué desastre. ¿Qué iba a hacer Tito? ¿Qué *podría* hacer?

 La mañana que siguió, su padre le despertó a Tito al amanecer. – Hijo. –dijo él, –Vamos a recoger las nueces. – Tito abrió los ojos como si fueran pegados con savia. – ¡Rápido, hijo! No quieres que el zorro malo te encuentre, ¿no? – su padre continuó. Tito suspiró. Otro día así. Se reunió con su padre en la base del árbol y los dos salieron en búsqueda de las mejores nueces en un radio de 15 metros, como hubieron hecho los días antes, como su familia hubiera hecho por una docena de generaciones antes de Tito, como hará su familia en los años después. Y como sus antepasados, Tito ese día buscó y buscó, recogiendo todas las nueces que podía encontrar. Solo traería las buenas: al tocar la nuez con un golpe fuerte y rápido, se podrían oír el eco de una nuez hueca, ya descompuesto en su cáscara. Esas eran las peores y no valían ni un medio centavo.

 De repente, Tito tropezó en un pequeño montículo de tierra y se cayó al suelo. Al darse la vuelta, vio una luz débil escapando de la tierra. ¿Fue una nuez? Y si sí, no era como ninguna nuez que había visto Tito en toda la vida. (Para ser justo, no fue una vida muy larga – recuerda, solo tenía 10 semanas.) Golpeó la cáscara como normal y no oía un eco; en cambio, sonó como una campanilla. ¡Qué especial! Si Tito la trajera a su padre, ¡quizás iba a darle un descanso! Apenas había exclamado a su padre para que venga y vea la nuez dorada cuando, de la hierba de trigo, ¡saltó un zorro, el animal al que más temía Tito, el monstruo de las pesadillas desde la infancia! Su pelaje lustroso relució en la luz del sol joven. Miró al Tito por un microsegundo y se escapó tan repentinamente como llegó.

 Con la rapidez de un rayo de luz, corrió su padre hacia el grito de Tito, temblando y preocupado por la seguridad de su hijo. Aterrorizado, la ardillita joven sabía en ese momento que nunca iba a ver la nuez preciosa que le robó el zorro. Explicó a su padre entre lágrimas lo que sucedió unos segundos antes, que el predador misterioso se apiadó de él, solo quería la nuez rara. Fue en ese momento que decidió Tito que quería resolverlo, que iba a encontrar al ladrón y volver a robar la nuez que fue legítimamente suya. Pero la pregunta cuál que no pudo dejar de preguntarse fue: ¿cómo? Solo era una ardilla de 10 semanas, no tenía ni una gota de poder ni un ápice de fuerza. Pues, quizás en los sueños la verás otra vez…

 Esa noche cuando durmió su familia, Tito se despertó en un instante de pensamiento claro. – Sí, es verdad que no tengo la fuerza de abrumar al zorro, – pensó la ardilla, – y tampoco tengo el poder. Pero sí, tengo la pequeñez y el intelecto inherente a cause de ser ardilla. –

 Llevando camuflaje, Tito se salió a escondidas en la oscuridad de la noche. Buscó y buscó y buscó, y no podía encontrar el montículo donde vio la nuez por la primera vez. Por una hora, siguió buscando la tierra, pero todo fue en vano. Simplemente nunca podría encontrarla en tanto oscuridad sin una luz. – ¡Eso es! – murmuró el niño. Tuvo una idea magnificente. Volvió al árbol y se subió a la tronca. Caminó por una rama, entonces otra, y otra, y otra. Al final, llegó a la copa del árbol y miró por todo el campo. Allí, a 100 metros de distancia, bajo una morrena de hierba descompuesta, vio la luz débil que reconocía: tenía que ser la nuez atesorada. Con vista enfocada en la morrena, Tito corrió hacia la luz tenue. Al llegar, oyó una voz, murmurando y susurrándose a sí mismo, en volumen bajísimo para que Tito no pudiera oír claramente las palabras. Acercándose al zorro, Tito empezó a entender unas frases. – Colección …… completa de nuevo …… La nuez pródiga …… Con los otros dorados ……– ¿Qué significa eso? ¿Una colección de tesoros dorados? ¿Qué tiene el zorro?

 Tito vislumbró a través de una abertura en la morrena y vio una vista increíble: en una línea había unas… cositas… Tito no podía determinar que eran, pero parecían como piedras preciosas de todos colores. ¿Una ramita de zafiro? ¿Una semilla de rubí? Y la última parecía como una hojita de hierba muy verde, ¿quizás esmeralda? Verdaderamente una serie de tesoros muy caros y preciados; casi le hipnotizó a la ardilla. Estaba tan enfocado en las gemas que no se dio cuenta de que el zorro estaba a su lado, olfateándole. Tito giró un poquito la cabeza y vio al zorro, y casi saltó de su piel. Gruñó el zorro, – ¿Qué quieres, *larva*? ¿A qué miras? Espera… Eres la ardilla quién vi ayer, con mi preciosa nuez, ¿no? – Tito tragó. El zorro levantó la pata y Tito se preparó mentalmente para el dolor, pero nunca vino. Abrió los ojos y vio un zorro agradecido, queriendo darse la mano. El zorro mencionó que perdió la nuez unas 3 semanas antes, y que la ardilla la encontró el día antes. Estaba tan agradecido que ofreció darle la nuez de oro a Tito, prometiéndole que, si lo plantaba, crecería a un árbol de oro de tan gran altura que empequeñecería el Pico Almanzor, bastante grande que la familia de ardillas podría vivir allí por cien años o más.

 Y Tito hizo exactamente eso – plantó la nuez el próximo día, y no mentía el zorro: en un año, el árbol llegó a 100 metros, a 500 en dos años. Dicen que “no todo lo que brilla es oro,” pero eso no es necesariamente verdadero…